

UN PEQUEÑO MUNDO

¿Cómo empezar de nuevo... Esta vez con todos? Es una pregunta que todos los colombianos nos hacemos en este momento, perdonando y respetando la singularidad de cada persona es la manera volver a empezar, quizás no sea fácil pero merecemos la paz.

Un lugar alejado y un poco olvidado del mundo, pero para ese entonces un lugar que a mi parecer era un mundo completo, pues no conocía nada más allá de este, “mi pequeño mundo” un municipio en medio de la selva del Guaviare, llamado El Retorno y nombrado así por sus fundadores quienes cumplían el sueño de retornar al campo, o por lo menos era lo que decía mi abuela en esas tan típicas tardes calurosas donde nos contaba como de a poco ella y otros fundadores daban forma este querido pueblo, de personas trabajadoras, campesinos incansables al parecer una manera de estar tranquilos y lejos de la guerra que los hizo salir de sus tierras, no sé exactamente en qué momento la guerra llegó a dicho paraíso pues desde que tengo memoria siempre ha estado allí. Creo que lo más lejos que logro recordar es a mediados del año 99 aunque no podía entender mucho sobre la guerra, los motivos, los intereses, o el funcionamiento de los bandos que participaban en ese conflicto, solo podía entender que si empezábamos a escuchar los disparos de las armas de fuego, alguna granada, un cilindro o cualquier estruendo fuerte, debíamos refugiarnos en un lugar seguro, claro que un lugar seguro hacía referencia a estar bajo los pupitres en caso de estar en clases, bajo la cama en caso de estar en casa y correr lo más rápido posible a casa en caso de que estuvieras en la calle, aún recuerdo a mi profesora de primer grado dando instrucciones para no movernos y los impactos de bala en el techo de mi casa.

Al crecer un poco más, hacía el año 2001 aún no lograba entender nada en absoluto sobre ideologías políticas o de cualquier clase, pero ya entendía que cada que se cambiaba el grupo o el bando que controlaba mi pueblo, las reglas cambiaban por completo, algunas veces dando toques de queda que no te permitían salir después de las 9 pm, otras veces prohibiendo el paso a algunas zonas, lo poco que entendía sobre dichos bandos es que eran uno bueno y uno malo los buenos los soldados, los malos los guerrilleros o eso era lo que solía oír. La verdad no lograba identificar por qué unos eran buenos y otros malos, ya que en ese cambio de poderes solo veía personas con armamento a mi concepto igual de buenos igual de malos. Una mañana de un sábado que no debía ir a clases al salir al andén de mi casa me encontré con un hombre uniformado o para ser más específico con un guerrillero haciendo guardia al lado de mi casa, era un caso peculiar debido a que este sujeto debía medir un metro cincuenta, algo pequeño para el arma que traía, era una escena muy curiosa, era como un hombre pequeño y con uniforme junto a mi casa, su nombre no lo recuerdo pero si recuerdo que muy amablemente me saludo, me conto un poco de su vida, decía que venía de muy lejos, que extrañaba mucho a su familia, que él a la edad que yo tenía una vez rompió una grabadora para buscar a la persona pequeña que cantaba dentro, entre anécdotas e historias pasaban los días y uno de esos días me dio un consejo que a un recuerdo, sin importar lo aburrido que estés en tu casa nunca te unas a una guerra que no es tuya. Eso es lo que más recuerdo de este personaje.

Paso el tiempo y el ejército se radica en El Retorno, los combates cada vez eran menos frecuentes, pero no éramos conscientes que aquellos enfrentamientos solo se habían trasladado a un lugar un poco más lejos y un poco más olvidado.

Todo llegó a una aparente normalidad, una noche salí al andén de mi casa, de nuevo un hombre armado prestaba guardia claro que de mando diferente y esta vez me pareció más joven tal vez porque ahora tenía 15 años y no los mismos 8 que tenía al ver al guerrillero, ver un soldado no era algo nuevo los había por doquier lo que sucedía en este caso era que la posición y la cara que tenía me recordaba a aquel hombre de 1.50, con igual amabilidad me saludo y solicito una mechera para encender un cigarrillo, Alejandro se llamaba aquel soldado que con la misma simpatía me contaba un poco de su vida, venía de Manizales estaba muy lejos de su casa, y con la misma tristeza decía extrañar a su familia, algo que podía notar era su cara de miedo y de arrepentimiento, por lo tanto no pude aguantar la curiosidad y le pregunte el porqué de sus gestos, a lo que respondió, que tenía 18 años y tenía mucho miedo de morir y de hacerlo tan lejos de su casa. Aunque había vivido toda mi vida en este pueblo, y los enfrentamientos eran algo que no me sorprendían, al hablar con él fue la primera vez que sentí tan cerca la guerra pues solo tres años nos separaban, ese podía ser yo cargando un fusil.

Cuando te ves reflejado en la guerra puedes entender lo fea que puede ser, cuando conoces los dos mandos, te das cuenta que son humanos como tú o como yo, basta tomarse la delicadeza de escucharlos, de conocer sus historias y todo lo que tienen por aportar. Toma un café, una aguapanela, una limonada, chicha, guarapo o solo un vaso de agua pero escucha lo que tiene por decir la persona que está a tu lado, así inicia la paz, reconociendo y aceptando que no somos iguales. La paz es un derecho que tal vez nos asuste, porque cuando has vivido tanto tiempo en guerra terminas acostumbrándote e incluso llegando a pensar que está bien, pero no tengamos miedo a que la paz nos toque.

Aunque entre enfrentamientos y miedos, era difícil encontrar paz, también habían amigos, familiares, juegos y escuela que te hacían sentir feliz, por eso sé que estamos preparados para la paz, nuestros niños merecen vivir entre familia, amigos, escuela y juegos. Sin temor a que eso vaya a cambiar, es hora que los jóvenes retornemos una vez más como lo hicieron aquellos fundadores, es hora de tener la certeza de que los ruidos que producen las armas cambiaran por voces de niños cantando, las armas serán pinceles y lápices que fomentaran el arte, los estruendos de las bombas serán redobles de tambores, sé que la historia hablará de guerra pero el futuro nos hablará de paz y cultura.

No más niños asustados, no más personas extrañando a sus familias, no más jóvenes con miedo a morir, no más víctimas. No más guerra la paz nos está tocando

ENRIQUE BEDOYA AVILA